

SECCIÓN AMENA



La plaza de Guipúzcoa

La polémica suscitada este invierno sobre la conveniencia ó inconveniencia de que se suprima el lindo jardín de la plaza de Guipúzcoa, nos mueve, en momento tan oportuno como el presente de plena primavera, á invitar al vecindario á que dé una vuelta por el delicioso sitio y se convenza de que sería un crimen de los más execrables arrancar una sola planta de este paraíso donostiarra.

Entremos en el pintoresco recinto y sentémonos en un banco, á la sombra.

La exuberante vegetación, la frondosidad de los árboles, la finura de la hierba, la profusión de las flores, lo bien cuidado de los paseos y macizos, la cascada, el lago, el puente rústico, constituyen una agradable perspectiva que recrea el espíritu y le hace reconocer el mérito del que ha logrado encerrar en un marco tan pequeño un conjunto de delicias tan grande.

Notamos que la población alada ha sufrido considerable disminución.

El año pasado había un hermoso cisne macho, viudo (la hembra murió el mismo día de la llegada), que yacía constantemente tumbado sobre la hierba, al borde del estanque, escondiendo su largo y torcido cuello entre las plumas.

El *Lohengrin* donostiarra harto sin duda de descanso erguíase á veces sacudiendo con ruidoso aleteo todo su cuerpo y deslizábase en

las aguas, cual ligero esquife, surcando la superficie á semejanza de esbelta nave impelida por el viento y dando al olvido la falta de compañera.

Formaba con su garganta la inicial de la ciudad, hundiendo el ancho pico en la masa de alimento que para su nutrición le tenían preparada.

Los duelos con pan son menos, aun entre los irracionales.

Desapareció del jardín, no sabemos si por muerte ó traslado, pero una pareja de cisnes se impone en el lugar.

Habia asimismo dos esbeltitas aves frías de lucido plumaje, cazadas vivas por esos campos en noche de tempestad, y recluidas en el jardín mediante el argumento contundente de un tijeretazo en sus alas, y eran por su constante movilidad la alegría de sus compañeros de cautiverio.

Con sus patitas de alambre no cesaban de recorrer en todas direcciones el diminuto parque; parecían alguacilillos de casa y corte.

Desaparecieron también y se sospecha fundadamente que fueron víctimas de las acechanzas de algún felino.

¿Y la tortuga? Porque había una tortuga de regulares dimensiones refugiada en el fondo del estanque y que apenas se dejaba ver; los contados días de muy buen tiempo tomaba el sol sobre una roca exhibiendo á la curiosidad del público su durísima coraza de concha.

¿Qué se ha hecho? Habrá servido de confección á alguna sopa?

El guarda insiste en que entre el fango de las aguas vive una soberbia anguila de muchísimas libras, pero que como es proverbial á su raza se escurre de las miradas de la gente.

Una magnífica pareja de faisanes, de doradas plumas el macho, hay enjaulados para que no se escapen, privándoles con la libertad el que luzcan su espléndido ropaje sobre la verde alfombra. Y hay un pavo real que anda suelto por todo el jardín, que si se limitase á hacer la rueda, el abanico y otras zarandajas de los de su especie, nada habría que decir, pero le ha dado por escandalizar de noche, chillando de una manera desaforada en términos que no deja conciliar el sueño de los vecinos.

Durante el insomnio alguien ha intentado descubrir la significación del lúgubre grito de este pavo y asegura que con un poco de atención se oye perfectamente que dice, feo feo feo no sabemos

á quién, mas con la noticia todos los habitantes de la plaza de Guipúzcoa están intrigados.

Los patos con su tosca figura y su característico andar de beodos, ora se reunen en parejas para caminar, ora se zambullen en grupos en el agua ó se aíslan para dormir tranquilamente en la pradera y á veces graznan y estiran con mil contorsiones el cuello cual si estuvieran pronunciando discursos.

El jardín estos largos días de Junio con tanta frondosidad, tantísimas flores, aves y peces, está hecho un verdadero edén.

Niños rubios como las candelas y morenitos graciosos, corretean, saltan y brincan en el ameno sitio, bajo la vigilancia de niñeras con delantal blanco y la protección de tutores con pantalón encarnado, formando toda esta diversidad de seres, colores y ambiente, armonioso cuadro de la más perfecta realidad.

Un cañonazo que retumba á nuestras espaldas nos hace levantar apresuradamente del asiento.

Es el disparo del cañoncito que anuncia el paso del sol por el meridiano y es la hora en que la humanidad se apresta á llenar de combustible el hogar de la vida.

ALFREDO DE LAFFITTE.

